

REMEMBRANZAS
DE LAMPAZOS

6



*Don Vidal
García Canales*

Letras de Nuevo León

REMEMBRANZAS
DE LAMPAZOS 6

SEXTO LIBRO

VIDAL GARCÍA CANALES

LETRAS DE NUEVO LEÓN

Para mi amada esposa,
Beatriz Rivera González,
en memoria

© Remembranzas de Lampazos, sexto libro, 2013.
© Vidal García Canales, 2013.
© Letras de Nuevo León, 2013.
© Derechos reservados, 2013.

Se autoriza, por los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de la presente obra por cualquier medio o procedimiento electrónico actual o futuro incluyendo las fotocopias, siempre y que se respete el nombre del autor y se haga mención de él en los textos o reseñas que se publiquen. También se autoriza la difusión por cualquier medio y la distribución de ejemplares de esta edición mediante alquiler o préstamos públicos. Todos los derechos reservados conforme a la ley.

Editado e impreso en Monterrey, N.L. México.
Printed in Monterrey, N.L. México.

PRESENTACIÓN

“Éramos pobres pero no nos importaba; o no nos dábamos cuenta si eso pasaba”

Qué privilegio para aquellos que somos seguidores del gusto por la evocación de los recuerdos gratos, traer al presente la sencillez y la convivencia de la vida, de épocas que se nos fueron de las manos pero jamás de nuestra memoria, y el que existan seres humanos con los que sus semejantes nos sentimos, con gusto, comprometidos y obligados de buena manera a rendirles perenne homenaje, porque ellos nos acercan a lo largo de sus productivas vidas al goce de su bienhechora y amable narrativa. Personajes que nos han brindado sin ambages, con su fructífera existencia, sentimientos que nos orillan a sentir que la vida vale la pena vivirla. Narraciones y remembranzas –pletóricas de sencillez y buen humor, en las que muchos de sus admiradores nos vemos reflejados. Añoranzas de tiempos idos en los que en la vida diaria de las ciudades, pueblos, sus colonias y sus barrios, compartíamos experiencias similares. El trato vecinal se convertía día con día, en inolvidables experiencias cuyo eje principal giraba alrededor de la fraternidad y el apoyo, casi como si se tratara de una misma familia. Sin embargo, no podemos soslayar, que no podían faltar las reyertas y una que otra desavenencia, cosa que en las mismas familias también ocurre. Pero el agua mala y cenagosa que corre junto a la represalia y el rencor, en la mayoría de los casos no llegaba a desbordar sus cauces.

Las relaciones humanas en aquellas lejanas décadas estaban fincadas en la más importante de las leyes: la ley del respeto. Y

la confianza y convivencia, prevalecían basadas en la que me permito llamar la más valiosa de las religiones: la religión de la amistad pura. El respeto y la solidaridad en la sencillez de la coexistencia vecinal se demostraban en diversas formas. Si se presentaba la infausta ocasión en la que había un difunto en nuestro barrio, no importando lo modesto de la familia del finado, se repartían casa por casa las ahora desaparecidas esquelas. Los transeúntes, chicos y grandes, que circulaban por la calle donde había la velación (1), bajaban respetuosamente la voz; aquellos que usaban sombrero se lo alzaban respetuosamente, y en las casas circunvecinas el sonido del aparato de radio era bajado al mínimo, o no se encendía por lo menos por dos o tres días. Las vecinas llevaban respectivas viandas y café a los deudos, para que por lo menos uno o dos días no se molestara la condolidada familia en preparar alimentos. En temporadas decembrinas la camaradería en el vecindario se desarrollaba con felicidad y sobre todo, compartiendo los usos, tradiciones y las costumbres tan arraigadas en nuestros "hermanos" del mismo nivel social (2), pues, no cabe duda que entre iguales el convivir es más fácil.

Qué podemos decir de los juegos de la infancia, en los que junto a nuestros compañeritos de edad, emprendíamos aventuras por sitios llenos de misterio, de emoción y junto a ellos compartíamos juegos y pasatiempos que nosotros mismos creábamos. Igualmente, el respeto que profesábamos a nuestros mayores ya fueran parientes o no. Por desgracia, sin penetrar en vano pesimismo, hablando de costumbres y tradiciones, al paso de los años la brecha generacional es cada vez más ancha y todo parece indicar que es casi imposible que esta veleidosa brecha nuevamente se angoste.

En esta ocasión, nuestro respetado narrador don Vidal García Canales, nos presenta, nos entrega y nos divierte, con su sexto libro "Remembranzas de Lampazos", que como los cinco anteriores, está plétórico de entretenidos relatos. Qué favorecidos somos aquellos que simpatizamos con esos tiempos idos, los jóvenes, los adultos, los viejos, al contar con narradores acuciosos e incansables como nuestro admirado escritor-narrador lampacense, don Vidal, que, en esta obra que usted lector tiene en sus manos, llega a su sexto libro con narraciones, unas jocosas y realmente divertidas, otras que nos ponen a cavilar, de su vida plena y sus múltiples vivencias en su Lampazos querido y por sus alrededores.

La sencilla candidez y calidez de sus relatos y su honesta manera de recordar y de escribir, nos receta una gran lección a aquellos que intentando darle "caché" a nuestros escritos rebuscamos vocablos muchas veces indescifrables. Por mi parte, además de admirar su brillante y lúcida memoria, reconozco en él a un excelente ser humano que trascenderá no sólo entre sus paisanos lampacenses, sino entre todos aquellos que le estimamos y conocemos su bonhomía. Los que admiramos su vitalidad, su esfuerzo y animosidad, por dejar honda huella entre los que conocemos su obra literaria. Don Vidal tiene material en su privilegiada memoria, que si por él fuera, llenaría sobradamente una docena de libros. Deseamos sinceramente que el inexorable *Padre Tiempo* le conceda a este gran señor la salud y lucidez suficientes para seguir deleitándonos con su agradable prosa. Como simple colofón:

Le deseo al "Siete Ratones" que nos invite y nos permita viajar en sus aventuras junto con él y con "El Tarango y Pancho Pata", aunque le digan "Mira, mira ya estás como tío Pan-

cho". Nos enseñe a trabajar como "Cuando tenía diez años" y que nos muestre "La cuna donde lo mecieron", "El molino movido con leña" y, para los que nos gustan las casas estilo norestense, aunque las hayan vendido, nos muestre "Las casas de sus abuelos", "El jacal de Rangel" y nos presente a "Dionisio Ramírez y su familia", a don "Francisco Flores" y al señor "Fernando Santos" y que con estas "Reminiscencias pueblerinas", nos lleve a divertirnos a "Las fiestas de la tía Matilde" y de ahí, como "huele bailes" que somos, nos pase-mos a "Las fiestas caseras de Luvinia", no importa que nos salgan "Los osos", como cuando "Rangel perdió el camino", y pá luego "Se subieron al tren sin pagar boleto". De por allá llegamos a gorrear el pan con "Tacho el panadero", re-matamos el día yéndonos a las "Funciones de cine, de teatro y circos" y "Lástima de los veinte reales", pero le haremos a... "Los gorrudos".

Felicidades a don Vidal. Que el Padre Eterno le conceda la salud y todos los años que se merece.

Su seguro servidor:

Oscar Ortegón.

(1) La vida en los barrios era diametralmente opuesta a lo que ahora vivimos. (2) Al pertenecer la mayoría de las familias en los barrios al mismo nivel social, era más simple integrarnos en los apoyos y afectos, a los pasatiempos y juegos y... a las inevitables carencias.

1 LOS SIETE RATONES

Desde antes que entrara, la dirección de la escuela para niños Felipe Naranjo, mandó a mi pariente Carlos González García como agente, para matricular a los niños que todavía no estábamos inscritos.

Un día llegó a mi casa para inscribir al niño que era yo; hablo de 1922. Un servidor tenía 7 años cumplidos. Después de haber hablado con mi madre, me inscribió, y anotó en un cuaderno que traía, le dio las gracias a mi progenitora y se fue a seguir inscribiendo a más niños de igual edad en las demás casas.

Cuando faltaban varios días para que empezaran las clases, recuerdo muy bien que mi madre me decía:

—Ay vienen las clases -y volvía a repetir esta frase -.Ay vienen las clases. Vete preparando. Vete preparando.

Llegó la fecha de entrada y mi madre me llevó a la escuela a presentarme con la directora, Mariana Canales, y esta me inscribió en la lista de primer año, que en aquel tiempo le llamaban “Sonidos”. Una vez inscrito, me asignó a la maestra Rafaela Molina. Ella era chaparrita, fornida y pronto me di cuenta que era dura de carácter. Yo iba completamente cerrado, pues era la primera vez que iba a la escuela. En aquellos años no se usaba el kinder como ahora.

Me pasaron al salón de clases con la profesora y había un grupo de chamacos que iban a empezar igual que yo su primer año de clases. Para esto la maestra ya tenía preparado el alfabeto con las figuras de las letras que deberíamos aprender, tanto en letras de molde como de letra script.

Comenzaba con el alumno No. 1 hasta que terminaba con el último, y nos enseñaba:

—Esta letra se llama A. Esta se llama B. Esta es la C. Vamos a repetirlas. A ver, niños, repitan conmigo - y los alumnos tenían que contestar. Cuando me tocaba el turno a mí, contestaba en forma incorrecta, porque batallaba mucho en aprenderme las letras, y debido a esto, la maestra me preguntaba:

—Muchacho, ¿qué tienes en la cabeza?

Y la contestación mía fue:

—Tengo siete ratones, maestra.

Recuerdo que ella se quedó algo así como sorprendida o admirada al oír mi respuesta. Todos los niños que me oyeron, soltaron la carcajada, y al salir al recreo, me decían:

—¡Oye, siete ratones! -y se reían. Ya no me decían Vidal, y esto siguió hasta que salimos de la escuela y ya cuando íbamos rumbo a nuestras casas, para ir a comer, me seguían diciendo:

—¡Oye, siete ratones! Y yo no me enojaba por eso, ya que sabía que así le había

dicho a la maestra, y por varios días me siguieron hablando con ese sobrenombre.

Al pasar el tiempo fui aprendiendo las primeras letras y así fue como empezó mi educación primaria.

Esa maestra era un poco estricta para el manejo de sus alumnos. Cuando salíamos de la escuela para irnos a comer decía:

—Salgan en fila de uno por uno. Fórmense en la orilla de la banqueta. Ya que estábamos formados, decía:

—¡Flanco derecho! ¡Flanco izquierdo!, etc., -y ya para despedirnos, decía:

—¡Rompan filas! -y entonces los alumnos soltábamos la gritería y cada quien arrancaba para su casa; algunos se iban solos y otros juntos, y ella nos decía:

—Ya saben. En una hora regresan -ya que en aquellos tiempos íbamos a comer a nuestras casas y regresábamos a las clases otra vez por la tarde, para salir a las 5 ó 6.

El horario era de 8 a 12 y de 1 a 5 ó 6 de la tarde.

También la maestra nos enseñaba los números del 1 al 10, que estaban anotados en una cartulina. Cada número era del tamaño de una mano. Ya que aprendíamos los números y que sabíamos identificarlos muy bien, nos enseñó a formar de dos números para saber que 1 y 1 era un once, y así 12, 13, etc. Cuando habíamos aprendido a hacer las letras y los números pasábamos a lo que era ya el primer año, ya fuera que nos asignaran al primer año A o primer año B, pues había dos grupos de primero.

Para entonces ya conocíamos las letras y los números y la maestra de primero ya nos podía dictar. La maestra que me dio clases de primero se llamaba Virginia de León, era de constitución regular y algo corajuda y la que me dio en Segundo se llamaba Beatriz Castañeda, quien era güera, fornida, blanca, de buen carácter hasta donde re-

cuerto. La de tercero se llamaba Fernanda González y la de cuarto año, Adelina García Ibarra quien por cierto era muy estricta.

2 MI TRABAJO CUANDO TENÍA DIEZ AÑOS

En el año de 1925 trabajé con la Sra. Constanza Ramírez. Ella vivía en la calle Juan Aldama entre privada Gonzalitos y Zuazua. La conocí cuando yo era un niño de 10 años cuando ella me habló para que le trabajara vendiendo leche de vaca. Esta era un poco más cara que la de cabra, ya que si la de cabra costaba 10 centavos el litro, la de vaca costaba 15 centavos.

La señora Constanza tenía una hija que era la que ordeñaba las vacas.

Yo traía una cubeta del número 14, y la traía llena. Le cabían como 14 litros, mismos que yo vendía casa por casa. Recuerdo que tocaba en las puertas y les decía a las personas que si querían comprar leche de

vaca. Ellas decidían, y la mayoría compraba un litro.

Recuerdo que yo traía un capotito negro porque a veces llovía. Mi madre siempre me decía:

—Ponte este capotito para que no te mojes - y así me salía a ir a vender la leche; me daban el 20% de lo que vendía.

Mi vida transcurría tranquila desarrollando esta actividad cuando un día me agarró la policía. Fue por la calle Hidalgo. Me preguntó que qué andaba haciendo y me tomó de la mano. Me dijo:

—Vámonos para la escuela; tienes que estudiar.

Entonces yo me puse llore y llore y le dije que primero había que ir a dejar la cubeta con la leche que me quedaba, con todo y medida, así como también entregar el dinero que había cobrado de la leche vendida. Y el policía me llevó a regresar todo a la señora Constanza. Enseguida me llevó a la

escuela con el director Fidel Mireles, quien a la vez era el maestro de 4°. Año de primaria. Era muy estricto, pero muy bueno para enseñar.

Entonces ya no seguí vendiendo leche, y regresé a la escuela.

3 “EL TARANGO” Y “PANCHO PATA”

Esta es la aventura de cuando fui al Rincón del Cacalote en compañía de dos amigos de nombres: Agustín Juárez, alias “El Tarango”, y Francisco Salazar, alias “Pancho Pata”.

Cierto día del mes de diciembre de 1927, mis dos amigos y yo nos pusimos de acuerdo para visitar el Rincón del Cacalote en su interior; esto era por la parte baja del arroyo. Así que emprendimos la caminata hasta que llegamos al fondo del rincón, donde encontramos una tinaja con agua muy fresca y allí nos detuvimos y tomamos agua. Alrededor de la tinaja había unos árboles de aguacate chiquitos que seguramente los habían sembrado algunos pastores.

Seguimos caminando hasta encontrar la culata del rincón, pero nos encontramos con la dificultad de tres relices, que no nos permitieron subir hasta mero arriba del espinazo. Entonces nos regresamos para buscar la entrada para arriba por otro lado que estuviera mejor, y encontramos un lado por el espinazo más accesible.

Desde arriba del espinazo del Rincón del Cacalote, se miraba el Rincón del Campa-nero entre la sierra; en eso estábamos platicando, cuando de repente llegaron de arriba del espinazo dos señores montados en burro. Eran José María y Juan Barrientos, hermanos de sangre y muy conocidos en Lampazos.

José María Barrientos estaba casado con doña Gregoria García y vivían por la calle Galeana, y el señor Juan Barrientos vivía rumbo a la ermita y estaba casado con doña Vidala García, ella era hermana de doña

Gregoria García, (dos hermanos casados con dos hermanas).

Y estos señores nos preguntaron:

—¿Qué andan haciendo por esos lugares? -ya que eran como las tres de la tarde, y para nuestra edad ya era muy tarde, pues faltaba todavía regresarnos para nuestras casas. A lo que nosotros les dijimos que pensábamos bajar hasta el Arroyo del Campanero siempre y cuando no encontráramos escollos (es decir estorbos). Ellos nos explicaron que este rincón tenía ese nombre porque más adentro había una montaña la cual tenía la forma de una campana.

—Bueno muchachos -dijeron los hermanos Barrientos-, nosotros ya nos vamos para Lampazos. Tengan mucho cuidado. Si encuentran inconvenientes, mejor es que se regresen para arriba y no se atrevan a bajar por el riesgo que pudiera existir.

Y salieron las cosas como ellos dijeron. Nos fuimos bajando poco a poco, hacia el fondo del Rincón del Campanero, y también nos encontramos con un reliz que no permitía bajarnos. Existía el peligro de que nos pasara un accidente, y mejor decidimos regresarnos hacia arriba del espinazo. Dirigimos la vista hacia el poniente y el sol estaba muy bajito, ya para meterse. Entonces optamos por regresarnos para Lampazos por el camino en que iban en burro cada uno de los hermanos Barrientos.

Nosotros andábamos a pie y sólo llevábamos agua y las herramientas de costumbre que se llevan al campo, como son el machete, la caramayola con agua, un mecate y un morral. No llevábamos comida, pero si comíamos fruta, como ejemplo, bola de chapote; es fruta más chica que el limón, también la comen las chivas. Había mucha nopalera, pero no tenían tunas, porque para esas fechas – corría el mes de diciembre-, ya había pasado la fecha de cosechar tunas.

En ese momento dimos un descanso y notamos que ya estaba oscureciendo. Nos dimos cuenta que ya estaba desapareciendo la aurora vespertina del sol, y más de rato cayó la obscuridad. Se hizo de noche y nosotros seguimos caminando por el mismo camino que venían los hermanos Barrientos. Lo único que veíamos era el camino por el que nos íbamos guiando, para llegar al pueblo, hasta que topamos por el camino que va rumbo a la Mina del Refugio. Damos vuelta hacia la izquierda donde el camino conducía a Lampazos. Pasamos por la orilla del Arroyo del Campanero con dirección al pueblo; ya estaba muy oscuro.

Quiero comentar que a un lado del arroyo estaba el Rancho de Resendez, y luego, siguiendo el camino, pasamos por un lugar que le llaman Paso de los Difuntos. Ahí hay unas lagunetas de agua, pero que estaban secas, y rodeadas de huisaches. A este paso se le llamaba así, pues platicaban los anti-

guos, que ahí mataron a cuatro ó cinco personas que andaban en la revolución. De allí seguimos el camino hacia Lampazos, hasta que llegamos a la puerta que da al acceso al Rancho de don Amado Villarreal. Abrimos la puerta de falso para salirnos, y luego la volvimos a cerrar. Eso lo hacían todas las personas que pasaban por allí. Se tenía que cerrar la puerta para que no se salieran las vacas del dueño del rancho.

A la altura de donde estaba la puerta de falso, estaban las Lomas de las Tejeñas. Nosotros por nuestra parte pasamos enseguida por el Arroyo Javier, y allí divisamos las caleras, donde hacía cal don Cecilio Lozano y sus hijos. Seguimos el camino hasta pasar al frente más adelante, por una laguneta que le decían “El Charco de Tejeles”. Ya era muy de noche, y seguimos caminando rumbo a Lampazos, pasamos por el frente de “El Puerto del Becerro”. Luego por un lado de “El Puerto de los Diablitos”, que los antiguos le decían así, porque en-

contraron dibujados en una cueva unas figuras figurando unos diablitos.

Al pasar por el arroyo que está entre las dos lomas, bajamos por la parte más honda por el Rincón del Cacalote y luego subimos hacia arriba y pasaron por la loma de la lagunita cuyo aguaje estaba seco. A nosotros todavía nos quedaba agua que llevábamos en la caramayola. Seguimos caminando por el camino pedregoso y antes de llegar a Lampazos, pasamos por el arroyo del "Tío Rosas", así decía mi mamá que se llamaba, y al poco andar topamos por un lugar que ahora es un basurero y luego de allí ganamos por un camino que conduce al Ojito, y luego topamos por la calle Allende hasta dar con el Puente Colorado que cruza por la calle Matamoros, que era por la que vivíamos los tres amigos.

Llegamos a la casa de Pancho "Pata"; su mamá ya lo estaba esperando. Ella se llamaba Agapita Salazar, y le dijimos que ya

habíamos regresado. Seguimos caminando por la calle Matamoros, rumbo al convento y allí llegamos a la casa donde vivía Agustín alias "El Tarango", y tocó la puerta. Salió su madre de nombre Juliana a quien le decían "La Tehuana". El papá de este muchacho era soldado y se llamaba Juan Juárez. Le decían "El Pame". La calle donde vivían era, Matamoros entre Allende y Rayón. En ese tramo vivían los dos. Yo vivía por la misma calle pero hacia el norte. Ellos habían estado por algún tiempo en la escuela primaria. Teníamos 12 años y carecíamos de miedo ya que sí conocíamos el camino. Al llegar a mi casa toqué la puerta y abrió mi madre. Y me dijo:

—¿Por qué tan noche, muchacho? -y le dije:

—Es que nos fuimos al fondo del Rincón del Cacalote.

—Has de traer mucha hambre, ya que no llevaste lonche. Pásale para darte de cenar y después te acuestas pues has de venir bien cansado. Has de tener mucho sueño.

Luego de que terminé de cenar estuve un rato platicando con ella y me dijo:

—Ahora sí. Es mejor que ya te acuestes - y me acosté, y como bien decía ella, me quedé bien dormido.

4 ¡MIRA MIRA, MIRA!, YA ESTÁS COMO TIO PANCHO

—¡Mira, mira, mira!, ya estás como tío Pancho San Miguel, con el librito en la mano lee y lee.

Esta frase me la decía mi mamá, allá por los años de 1930, ya que a mí me gustaba mucho leer, y en cualquier tiempo que tenía libre, agarraba un libro chico, y me ponía a leerlo; pero mi mamá al ver que yo estaba lee y lee, me decía:

—¡Mira, mira, mira!, ya estás como tío Pancho San Miguel, con el librito en la mano nomás lee y lee. Deja el libro. Agarra un machete y un mecate y ve a traerme un tercio de leña a la loma, porque no tengo leña para hacer de comer. Inmediatamente le hacía caso y me iba rumbo a la loma a traer el encargo.

El tío Pancho San Miguel venía a ser el esposo de doña Adelaida Enríquez, quien fue la que le vendió la casa a mi tío Pedro González, con la condición de que ella iba a vivir allí hasta que muriera. Después de que murió la señora Adelaida, vivió allí mi primo Pedrito González con su esposa, Jacobita Cisneros Guajardo.

Respecto al tío San Miguel era como medio hermano de mi abuelo, Vidal Canales, a quien yo no conocí, pero quiero comentar que al señor Francisco San Miguel si lo llegué a conocer allá por la década de los años 1920 ó 1925, ya que él vivía casi enfrente de la casa de mis abuelos paternos, por la calle Xicoténcatl entre Bravo y Lerdo. Allí conocí a este señor Francisco y su esposa Adelaida, y recuerdo que ellos no tenían hijos, y al señor Francisco San Miguel le gustaba mucho la lectura, sobre todo los libritos de la iglesia.

Don Francisco era de oficio albañil. Recuerdo que en la casa donde vivía llegué a

ver un montón de mezcla de cemento, endurecida, que seguramente en alguna ocasión no se usó. También conocía una pértiga de madera, (equivale a un poste de madera), gruesa y alta, con una argolla adaptada en el extremo más delgado de la pértiga, y decía mi madre que la usaba para ayudarse a subir los sillares a las construcciones a las que él se dedicaba.

Como don Francisco San Miguel era muy católico. Siempre que asistía a la iglesia los domingos, a las misas de 10 de la mañana, lo veía sentado en las bancas asignadas a los hombres, ya que en ese tiempo las iglesias tenían separadas unas filas, la de adelante para las niñas y mujeres, y la segunda parte para los niños y los hombres. Yo veía al señor Pancho San Miguel, y por allí me sentaba cerca de él.

Por mi parte declaro que a mí me gustaba mucho ir a la iglesia para escuchar los cánticos de la misa porque eran acompañados

de piano. También me gustaba repicar las campanas que nos daba oportunidad mi tío Jesús Santos. Esto era para anunciar la misa principal, la que se daba a las diez de la mañana, pues para las otras misas se tocaba nada más una campana, y cuando era la misa mayor, la más importante, hablo la de las diez, entonces se repicaban las cuatro campanas, y eso era lo que más me gustaba. Pues repicar las campanas era tomar el mecate arriba del campanario, y sonar pa'llá y pa'cá en repetidas ocasiones y como eran las cuatro campanas, éstas se oían por todo el pueblo, y la gente ya sabía que iba a haber la misa mayor. Cuando eran para otra misa, solo se tocaba una campana. Esta era, agarrar el mecate y pegarle a la campana: ¡Tan! ¡Tan ¡Tan! ¡Tan! y eso lo hacía el sacristán solo; no ocupaba a alguien que le ayudara.

5 LA CUNA EN QUE YO ME MECÍ

En el año de 1921 mis padres se cambiaron a la casa que le habían hecho mis abuelos para que ya viviera con su familia; estaba en la calle Matamoros, entre Bravo y Lerdo. Por allí cerca en la esquina, de la calle Bravo y Matamoros vivía mi tía María del Refugio García Bustamante, y ella tenía un hatajo de unas 300 cabras, y había un pastor que desde niño lo adoptaron como hijo. Éste niño se llamaba Rafael Rangel González.

Como eran bastantes cabras por necesidad tenían que barrer los corrales cuando menos cada mes, ya que era mucho el sirre que se juntaba, algunas veces cuando no encontraban quien les barriera los corrales, me ocupaban a mí pagándome 50 centavos al día, pero ya por el medio día me daban

muy buena comida, esta era caldo de res muy sabroso, cortadillo de res guisado con arroz y también lo acompañaban con frijoles guisados con manteca de puerco, todo esto era acompañado con tortillas de maíz recién hechas, y de tomar me daban un café con leche de cabra; para desarrollar mejor mi trabajo ellas me prestaban el equipo que consistía en un rastrillo de madera y una escoba que servía para barrer el sirre, y también una carretilla con un bañito chico, para, ya cargado, ir a tirarlo al terreno donde ahora vive la familia Mercado Tavares. Allí lo tiraba. Echaba varios viajes. Por la tarde, al terminar mi trabajo, me daban las gracias y me pagaban 50 centavos.

El pastor de esta familia que era el que se llevaba las cabras al campo, yo lo conocía, tenía como 50 años, yo recuerdo que mi padre me decía que fue él quien le hizo la cuna en la que yo me mecía cuando era niño, esta cuna la había hecho de varejones de chaparro prieto que encurvados daban la

forma de ovalados. Conocí esta cuna que tenía en el fondo entretejidos mecates para que sirviera como una especie de camita, y ya sobre los mecates mi madre le ponía unas colchitas y almohaditas para que no calara. De cada esquina pendían cuatro mecates que se juntaban con una punta de quiote que era la que descendía de un rincón de la casa. El quiote era en forma inclinada de donde colgaba la cuna y que esta se podía mover para mecarme. Si ella no me lo cuenta, yo no hubiera sabido quien la hizo, y fue hasta que yo tenía como 8 ó 10 años que me dijo:

—Rangel el que trabajaba con las González, fue el que hizo la cuna -seguramente en ella también se mecíó mi hermana Toña.

6 LA VENTA DE LA CASA DE MIS ABUELOS

La casa de mis abuelos paternos estaba ubicada en la calle Xicoténcatl entre Bravo y Lerdo, en Lampazos de Naranjo. Allí vivieron mis abuelos Benito García y Agustina Gutiérrez. Ellos tuvieron 9 hijos, y la menor de nombre Marianita que era soltera, mayor de 50 años, en 1919 recibió hospitalidad por un año en casa de unos familiares.

Esta hospitalidad era a cambio de la parte de la herencia de la casa de mis abuelos que le tocaría a la viuda de mi tío Catarino, quien vivía en la calle Antonio I. Villarreal, cruz con Allende. Y así como habían muerto casi todos los demás hijos de mis abuelos, solo quedaba mi papá, y mi tía Marianita. Como mi papá ya estaba casado y vivía en frente en la casa donde nací yo, mi tía Marianita vivía sola. Como no estaba

casada ni tenía hijos, entonces la parte de terreno que a ella le tocaba se la iban a pagar estos familiares con hospitalidad, viviendo un año en la casa de ellos.

Para esto hablaron con mi padre los familiares de mi tío Catarino, sobre el trato que se iba a hacer, y mi padre estuvo de acuerdo. También estuvo de acuerdo mi tía Marianita. Y por ese año que la casa iba a estar sola, mi padre se cambió a la casa de mis abuelos con todo y su familia, que éramos mi mamá, mi hermana y yo, esto era a reserva de que cuando se cumpliera un año, mi tía Marianita regresaría a la casa de sus padres, y allí viviría hasta su muerte.

Ya pasado un año vuelve mi tía Marianita a cambiarse a la casa de sus padres, y mi padre, con todos nosotros nos cambiamos a nuestra casita, por la calle Matamoros. Esto sucedió allá por el año de 1920.

Por esos años, después de haber regresado a su casa, mi tía Marianita, conoció a un señor de nombre Cipriano Paniagua y se casó con él. Pasado el tiempo el Sr. Cipriano murió, y ella pidió apoyo a la presidencia municipal, y le contestaron que no tenían recursos, así que se hizo un cajón con la madera de una puerta de campo que estaba por la calle Xicoténcatl, pegada a la casa de mis abuelos.

Mi tía Marianita murió el 7 de marzo de 1940. A mí no me tocó asistir al entierro; nadie me avisó. Era cuando estaba remontado en el campo cuidando chivas, y nunca supe cómo le hicieron para su entierro.

Y a partir de entonces la casa de mis abuelos se quedó sola, y por acuerdo de la familia de mi tío Feliciano y su esposa que se llamaba María Eusebia. Ellos tenían una hija de nombre, Josefa García. Ella estaba casada con Manuel Medina y vivían por la calle Bravo entre Juárez y Morelos. Los hi-

jos de Josefa García denunciaron el terreno de la casa de sus abuelos, para comercializarlo y así se vendió la casa de mis abuelos. Actualmente vive allí la familia de Melesio Ramos.

7 MOLINO MOVIDO CON LEÑA

El molino que era movido por leña, y tenía un tubo como chimenea que pitaba cuando iba a moler nixtamal, estaba instalado por la calle Morelos entre Zuazua y Gonzalitos. También se oía por todo el pueblo. El dueño se llamaba don Antonio; así le decía la gente. Yo lo conocí allá por el año de 1925.

Los demás molinos se movían con gasolina como el molino de don Julio Rodríguez, y el del señor Manuel Fernández (papá de mi prima Amelia Fernández). El molino de don Antonio Ríos estuvo instalado en Colón e Hidalgo, muy cerca de la presidencia del municipio.

Debo advertir una cosa. Los molinos, tanto el de leña como los de gasolina tenían que limpiarse después de cada molida y las

piedras que limpiaban las ponían a secar al sol.

Los molinos servían para dos cosas: moler el nixtamal y también para moler el maíz crudo, para hacer harina de maíz.

En cuanto a los molinos históricos, conocí los restos de un molino que era propiedad del General Naranjo. Conocí la turbina que era de metal, redonda, con más de un metro de altura y medio metro de diámetro. Al parecer el molino era para moler trigo. Este molino lo quemaron los carrancistas, fue uno de los tantos bienes que fueron dañados con la revolución.

8 DIONICIO RAMÍREZ Y SU FAMILIA

Este señor y su familia vivían por la calle Allende, entre 21 de marzo hoy Antonio I. Villarreal, y del Comercio, hoy García Naranjo, muy cerca por donde ahora se encuentra la Casa del Ejido. En aquellos años donde vivía don Dionicio, en la casa del Ejido vivía la familia Zuazua. Ahí vivía José Zuazua Barrera y su hermano Luis Zuazua Barrera al que le decían “El Sordo”.

Don Dionicio Ramírez era de oficio cochero, tenía un coche movido por una bestia caballar y ese fue el único trabajo que le conocí. Respecto a sus hijos, le conocí cuatro. Estos eran Manuel Ramírez alias “La Guzga” y sus 3 hijas que eran maestras del Colegio del Verbo Encarnado, en la escuela para niños pobres que estaba situada con-

tiguo a la casa grande propiedad de la Sra. María Garza.

Las hijas se llamaban Lucía, Octaviana y Rita, las tres ejercían el mismo trabajo en la escuela primaria a cargo de las monjas del Colegio del Verbo Encarnado. Estas hermanas eran muy católicas y entre ellas se llevaban muy bien.

También quiero comentar que esta escuela era para niños y niñas, es decir mixta, y la de segundo piso estaba asignada para niños ricos, que fue donde me asignaron a mí, para terminar el 4º. Año. Pero por supuesto que no por ser rico, sino porque me hicieron una evaluación de conocimientos y las monjas decidieron dejarme en el segundo piso.

Yo conocía a esta familia porque mi tío Juan Arcia, tenía muy buena comunicación con el señor Dionicio Ramírez. Además con esta familia conocí a otro señor que es-

taba un poco enfermo de la mente; él se llamaba Hilario Ramírez. Le decían Lalo, y mi tío Juan Arcia, decía que lo había criado Dionicio porque Hilario estaba solo.

Por otra parte cuando me fui a Matamoros, conocía a un señor que también trabajaba de despachador de aceite y grasa en la Comisión Nacional de Irrigación, en el año 1947 y este señor fue el que me preguntó que de dónde era yo. Le dije que de Lampazos. Al momento de escuchar este nombre, me dijo:

—Pues yo estuve en Monterrey y conocí a unas personas que eran oriundas de Lampazos. Tenían un Restaurante-Café que se llamaba: “Vida Feliz” -y me dijo los nombres de las dueñas de ese Restaurant. Eran: Lucía, Octaviana y Rita, que venían a ser las hijas del señor Dionicio Ramírez, el mismo que conocí y amigo de mi tío Juan Arcia.

9 DON FRANCISCO FLORES

Tenía su hojalatería en la esquina de las calles General Antonio I. Villarreal y Bravo; era muy buen hojalatero. Sólo que tenía la costumbre de hacer rechola de amigos, y ya una vez juntos, urdía la forma para inventar alguna idea y sacar alguna ventaja que les beneficiara a ellos.

Para esto, ellos sabían que del otro lado del Río Candela había un señor de nombre Juanito, que tenía como 200 cabras, y a propósito don Francisco Flores invitó al Ing. Luis Zuazua Barrera, a quien le decían “El Sordo”, y quien conocía de ingeniería de campo, y a un amigo de éste que le decían “Piña Madura”, y otro más cuyo nombre no recuerdo. Una vez juntos los cuatro, idearon la forma para que con una mentira engañar a don Juanito y sacarle una

cabra gorda. Para este engaño iban a llevar de la hojalatería un nivel, y una cinta métrica y le iban a decir a don Juanito que ellos sabían que por allí iba a pasar una carretera y tenía que mover su jacal junto con sus cabritas para otro lado.

Pero le hicieron una proposición:

—Si usted nos ofrece una cabra gorda, nosotros veríamos la forma de desviar la carretera para que usted no haga ningún gasto para mover su jacal, con las 200 cabras.

Accedió don Juanito en darles una cabra gorda, a fin de que la carretera pasara por un lugar más lejos, para que no perjudicara su ranchito ni su hatajo de cabras y le dijeron:

—Bueno, don Juan, usted ha cumplido y ahora me toca a mí —volteó y le dijo a su amigo, al que por sobrenombre le decían “Piña Madura” —retiren el equipo de tripié y

el nivel estatal —una especie de madera con numeración de color rojo y blanco.

Y se movió todo el equipo para otro lugar. Como comentario adicional para que supiera don Juanito que la cosa iba en serio, le dijeron que el gobierno de Nuevo León pensaba sacar un ramal de carretera que partiría del rumbo de Lampazos hasta una parte de la presa Don Martín.

Ya que don Juanito les regaló la cabra, hicieron un simulacro y tomaron medidas por unos lugares más arriba de su rancho para que él viera que era cierto lo que le estaban diciendo. Don Juanito por su parte quedó creyendo que la carretera iba a pasar por un lado de su ranchito, cosa que nunca ocurrió.

10 DOS CANTORES AFICIONADOS

Esto le pasó al Ing. Luis Zuazua Barrera alias "El Sordo", hermano de don Josué Zuazua Barrera, y a su amigo "Piña Madura", que también era briago (bebedor consuetudinario). En cierta ocasión estaban haciendo una fiesta de aficionados en el Teatro Ayarzagotia, y los contrataron a ellos para que participaran en la función. Accedieron de buena gana, pero andaban bien borrachos. Así aceptaron los organizadores que aparecieran como cantantes en el teatro. El teatro reventaba de espectadores. Yo estaba también adentro. Solo se esperaba el momento de que iniciara la función. Al terminar los tres pitazos de rigor, o tercera llamada, se levantó el telón y en ese momento aparecieron el Ing. Luis con su amigo "Piña Madura", sentados en una silla con su guitarra cada uno. Cantaron una canción ranchera muy bonita de cuyo nombre

no recuerdo, pero a mí me gustó mucho. Recuerdo que yo tenía como 15 años, o sea, era el año de 1930. Al terminar de cantar fueron aplaudidos muy fuertemente por los asistentes. También hubo otros aficionados pero de todos los artistas que se presentaron, fueron estos los más aplaudidos, y por lo tanto recibieron el premio de haber sido los mejores cantantes en ese día.

11 EL JACAL DE RANGEL

Yo conocí el jacal donde vivía Rangel. Estaba a mediación del terreno de donde tenían las cabras las González, hecho de paredes de piedra, y techo de lámina y una puerta de madera.

También deseo aclarar que la puerta del terreno que yo conocí, por donde entraban y salían las cabras, era más o menos de un metro. Por allí entraban y salían las cabras y Rangel y yo debíamos agacharnos para entrar. Al pasar el tiempo, esa puerta se hizo como de dos metros para que pudieran entrar las personas. Esa puerta fue la única que conocí de dos metros, hecha con madera y con marco. Ésta la hizo un albañil.

Rangel tenía un catre plegadizo de madera. Estos catres los llevaban ya hechos de Monterrey.

Rangel también les traía leña a sus patronas. Lo que podía cargar en la espalda, y por las noches les acarreaba agua. La traía desde las pilas de la plaza principal en dos botes con un palo y un mecate.

También Rangel traía agua que la vendía a otras familias, como a mi tía Adelaida. La daba a 10 centavos cada bote, pero a las González no se las cobraba.

12 REMINISCENCIAS PUEBLERINAS

En la década de los años 20, mi tío Juan Arcia y mi tía Matilde vivían por la calle Matamoros entre Allende y Ocampo, en la casa que fue propiedad de doña María Garza. Esta rica señora que todo el tiempo vivía en Monterrey nunca la conocí. Solo sabía que ella era la dueña de esa casa; tenía un hermano llamado José Garza, quien venía a ser el papá del Chino Garza, mi compañerito de la escuela primaria.

A mis tíos les gustaba tener animales. Yo conocí unos perros que se llamaban "Tumbalo". Era color amarillo y otra perrita de nombre "Corolina". Ellos cuidaban la casa.

Mi tío Juan tuvo una burra con la que carreaba leña, y a veces iba con mi tía Matilde, y tanto la cuidaba en tiempo de frío,

que hasta le ponía una cobija en el espinazo amarrada con un mecate, para que al final de cuentas, esa burra en la que tanto se apoyaban se la vinieron robando de la casa en la que vivían. Esto ocurrió una noche en la que alguna persona que conocía el lugar se atrevió a meterse al terreno y se la llevó.

Por otra parte, a mi tía Matilde le gustaba criar gallinas y eran bastantes. Como ponían huevos todos los días, ella vendía una parte y otra la dejaba para su consumo.

Una vez me invitaron para que fuera a almorzar con ellos. Hicieron huevos con chorizo guisados con salsa. Vi cómo los cocinaron. Primero freían los huevos con chorizo y manteca de res. Le ponían la salcita que previamente habían asado y molido en el molcajete. Lo acompañaban con tortillas recién hechas. Y por supuesto, no faltaban los frijoles que ya habían puesto a cocer desde temprano y estaban bien cocidos en la leña. A mí, este guiso me gustaba mucho.

En ese solar donde vivían mis tíos, al fondo había unas higueras de varias clases. Unas daban higos blancos que eran muy dulces, otras daban higos negros y otras más daban higo mulato.

Al fondo de ese solar donde vivían mis tíos había árboles que daban muy buenos aguacates y una anácuca que colindaba con La Quinta Margarita.

Por allí pasaba la acequia. A un lado había un tubo galvanizado que partía del antiguo ojito para alimentar de agua a las pilas que estaban en la plaza. Este tubo iba cruzando las calles y los solares hasta llegar a la plaza donde estaban las pilas y a donde mucha gente iba a llenar sus cubetas de agua; este ojito casi nunca se secaba.

13 EL SEÑOR FERNANDO SANTOS

Este señor tuvo un comercio en contra esquina del convento, a la altura de la calle Matamoros, cruz con Rayón. Se llamaba Fernando Santos y vivía con una hermana de nombre Nicanora, la cual era soltera. Él era el único dependiente que atendía a los clientes.

Durante muchos años mantuvo su comercio en el mismo lugar, y cada vez que se le agotaba la mercancía, él personalmente iba a pie por toda la calle Allende hasta llegar a la calle Antonio I. Villarreal. Lo recuerdo con su saco y pantalón del mismo color y siempre llevaba sombrero de lana.

Llegaba a la tienda de Cosmito González quien tenía una tienda más grande, junto con su hermano Mauricio. Allí se vendía

abarrotes, ropa, calzado, y demás cosas. El señor Fernando Santos pedía mercancía que pudiera cargar en sus brazos porque no tenía ni una carretilla. Por ejemplo se llevaba 2 ó 3 kilos de frijol, otros más de maíz, azúcar, etc. Todo lo que pudiera cargar en una bolsa grande que ahí le proporcionaban. Así estuvo haciéndolo hasta que pasaron varios meses o tal vez años, hasta que decidió cerrar su comercio y con algún dinero que tenía compró un carretón con un caballo e iba al campo a traer palos de barrera y varejones, para echar una cerca que iba a hacer al fondo de su casa, ya que su terreno era como un triángulo. Yo, por ese tiempo, trabajaba de pastor y una vez que vine al pueblo me enteré que este señor había muerto en 1935.

14 LA ESPOSA DEL GENERAL NARANJO

Allá por los años de 1925 a 1930, la señora doña Dolores García se encontraba viviendo en la casa que le dejó su esposo el General Francisco Naranjo, que estaba en la esquina de la calle Zuazua y calle del Comercio, hoy García Naranjo. Su habitación se encontraba en el lado de la calle Zuazua y esa calle tenía mucho tráfico porque conducía a la estación del ferrocarril.

Y cuando esta señora estaba muy enferma, se ponía muy molesta al punto que todo el ruido le molestaba. Esto era ciertos días y cuando más se agravaba, sus familiares tramitaron un permiso en la dirección de tránsito local en Lampazos, para que cuando ella se pusiera muy enferma, se bloquearan las dos bocacalles, la de la esquina de Zuazua con 21 de marzo, hoy Antonio I.

Villarreal y cruz de la del Comercio, hoy García Naranjo con Zuazua. Es decir, que por esa calle, en esos días, no pasaba ni un vehículo, ya fueran coches o carretones, pues las calles estaban muy pedregosas y se hacía mucho ruido cuando pasaban por allí.

Recuerdo que se colocaban dos mecates de ixtle de lechuguilla en color amarillos. Uno en cada esquina. Cada uno costaba 25 centavos, o sea 2 reales. Así que, mientras los mecates taparan la calle, estaba prohibido que circulara cualquier vehículo.

Estos mecates se estuvieron poniendo en las calles antes señaladas, de lado a lado, mientras se le pasara la enfermedad a la señora. Cuando mejoraba eran retirados para dejar el tránsito libre. Y cuando se volviera agravar, nos dábamos cuenta, porque otra vez volvían a colocarlos.

También quiero aclarar que frente a la casa donde ella vivía, había una herrería y que

en ese lugar también se hacía mucho ruido cuando estaban haciendo algún trabajo. Al parecer esto no le molestaba por lo que dicho ese negocio no se le prohibía que trabajara, ni siquiera cuando la calle era cerrada por la enfermedad de la señora.

Y precisamente en esa casa donde estaba la herrería fue donde nació el Gral. Naranjo; allí hay una placa que lo dice.

Esto de bloquear las calles para que no le molestara el ruido de los vehículos, se estuvo haciendo hasta que la distinguida señora pasó a mejor vida.

15 LA REGADORA DE LAMPAZOS

Allá por los años de 1925 - 1930 y siguientes apareció en Lampazos una máquina regadora cuyo tanque de contención era grande y de fierro, un poco más chica que los vagones del ferrocarril. Traía su llave de agua y arriba tenía una boca para meter la manguera; también tenía su tapón de madera; ya que la llenaban, la tapaban con su tapón.

Esta máquina era jalada por dos caballos, y el operador se llamaba Sabino Castillo. Él tenía un hijo llamado Apolonio. Trabajaba como pastor y se hizo muy amigo mío; era de carácter amoroso y noviero, y también muy bailador; asistía a todos los bailes de Lampazos. Vivían por la calle Zaragoza y Xicoténcatl.

Este tanque de agua, era conducido a las principales calles del pueblo para regarlas, porque en aquel tiempo no había pavimento y las calles estaban empedradas y con mucha tierra.

Esta máquina estuvo funcionando durante varios años. Ignoro quien la haya llevado, y si era de Monterrey o de algún otro lugar.

Esta máquina estuvo trabajando en este municipio hasta que empezaron a pavimentar las calles y también cuando ya empezaron a meter la tubería del agua. Esta máquina ya no la vi; tal vez la hayan guardado en algún lugar.

El hijo del señor Sabino, se llamaba Apolonio Castillo, trabajó como pastor de cabras con don Leopoldo Rodríguez en 1929-1930.

En cuanto al hijo de don Sabino, Apolonio, dice la gente que lo conoció, que había muerto. No se sabe de qué; tal vez también el señor Sabino le haya pasado lo mismo.

16 LA VENTA DE LA CASA DE MI ABUELA CUCA

Mi abuelita María del Refugio Rodríguez Galván, por la pobreza en que se encontraba, vendió su casita a mi tío Pedro F. González García.

Al principio cuando mi abuelita les ofreció la casa, ella les pedía 100.00 (cien pesos), y ellos aceptaron la compraventa, a condición de que ese mismo día les fuera entregada la casa con el terreno. Pero pasaron unos días y pensaron diferente mis tíos Pedro y Petra y decidieron en no pagársela a como se las habían ofrecido en principio. Mandaron a mi primo Rogerio a decirle a mi abuelita que no podían darle los 100 pesos porque que no los tenían, y que si acaso quería, que le daban 50 pesos.

Al enterarse mi abuelita Cuca, se sintió mucho. Decía que entonces no tenían palabra de lo que habían dicho, no obstante que mi abuelita había sido quien les lavaba la ropa a ellos aunque al paso de tiempo, ya no era así porque se estaba cansando mucho. Luego le tocó a mi madre lavarle la ropa a esta familia.

Finalmente, mi abuelita como quiera aceptó los cincuenta pesos. En aquel tiempo el salario mínimo era de un peso por todo el día.

Cuando ellos supieron el parecer de mi abuelita, que siempre si aceptaba los cincuenta pesos, mi tío Pedro empezó a hacer las escrituras cambiándolas a nombre de ellos. Como él era el escribano y hacía todas las escrituras a mano. Ese día el 10 de abril de 1932, yo me encontraba de oportunidad en mi casa y allí estaba mi abuelita, cuando llegó mi tío Pedro González con las escrituras, para que las firmara. En virtud

de que mi abuelita no sabía escribir, dijo mi tío Pedro:

—Tú, Vidal, como eres nieto de ella, puedes firmarla en su representación. Nomás que antes de que lo hagas, debo leerla en voz alta para que todos la escuchen y vean que todo está legal —y comenzó a leerla. Ya que la leyó entonces la firmé yo.

Cuando firmé la escritura de acuerdo con lo leído, le pagaron los cincuenta pesos a mi abuelita. Ya que firmé yo, mi tío Pedro se retiró, y mi abuelita procedió a cambiarse de casa. Trajo sus muebles a la casa de mi madre. Sus bienes eran: una tarima, un metate, un acero, cobijas y ropa. Estuvo viviendo con nosotros hasta el mes de enero de 1939, que fue la fecha en que falleció. Cuando le hablaron al señor Rosendo Garza para que dictaminara que edad tenía mi abuelita, don Rosendo dijo:

—Pues esta señora yo le calculo como 80 años- y la familia le dio las gracias y como vino a pie, también se regresó a pie. Así

quedó consignado en el registro de defunciones del libro de Lampazos de 1939. Recuerdo que yo no pude venir al entierro de mi abuelita, por andar remontado, cuidando cabras en el monte. Cuando vine a la ranchada fui a la Presidencia, para que me informaran cuánto habían gastado en el funeral de mi abuelita Cuca; lo que yo quería era darles una recompensa al municipio.

En ese tiempo yo trabajaba con el señor Juan García como pastor de cabras, y cuando vine al pueblo, traía centavos. La recompensa que le di al municipio fue de 10.00 (diez pesos), como agradecimiento por lo que habían apoyado al entierro de mi abuelita, ya que mi mamá no tenía dinero.

17 DOÑA ANTONIA Y GUADALUPE CÁRDENAS

Estas personas solteras, vivían por la calle Bravo cada una en su propia casa, que estaban juntas enseguida de la que ahora vive mi cuñada, Lupita Rivera, por la calle Bravo entre Matamoros y Xicoténcatl, cuyo patio de la casa de doña Antonia lindaba con la pared de la casa de mi tía María del Refugio García quien venía a ser la mamá de las González (casa que actualmente habita la familia de la señorita Alicia Garza).

La señorita, Lupita Cárdenas quien dijo que qué ganaba yo con meterme de pastor, si iba a venir a comer caldo caliente de res, como el que le daban a Rangel.

Esto me lo dijo en 1928. Yo tenía como 12 ó 13 años de edad, y esa crítica que yo consideré sana me la dijo como queriendo

convencerme de que yo cambiara de idea para ver si conseguía otro trabajo. El único detalle era que este trabajo -ser pastor de cabras-, era lo que más había en Lampazos.

Quiero decir que esa comida que le daban a Rangel era rica y buena. Consistía en un plato de caldo de res con hueso, bien servido con carne y verdura, y luego un plato de guiso con cortadillo de res con arroz, sin faltar un plato de frijoles recién hechos. Esto lo digo porque a mí también me daban lo mismo cuando trabajaba con las González. ¡Ah! y también café con leche. Y toda esta comida era de la misma que la familia comía.

Rangel vivía ahí mismo, en un jacal junto a las cabras. El jacal era pared de piedra y techo de lámina.

Las González vendían leche a 10 centavos el litro; la leche era de pura cabra

18 LAS FIESTAS DE MI TIA MATILDE

Allá por 1930, mi tía Matilde Canales organizaba fiestas caseras, cuando vivía en la calle Zaragoza y Juan Ignacio Ramón. Ella las organizaba sola, y su esposo, Juan Arcia era el que cobraba la entrada.

Me platicaba mi abuelita que en cierta ocasión hizo una fiesta en la que la única artista iba a ser ella, ya que sabía bailar y cantar e invitaba a varias personas para que asistieran. Mi tío Juan Arcia iba a cobrar 10 centavos por persona. Entre las personas que invitó estaba mi abuelita materna María del Refugio Rodríguez Galván. Fue ella quien presenció la fiesta, y me contó lo que aquí voy a referir.

Me dijo ella que había un cuarto caído que tenía unas gallinas de mi tía Matilde.

La gente que llegaba se iba sentando en las sillas que las habían acomodado con unas piedras y unas tablas tipo galería, pero todas en el mismo piso. Las personas que llegaron al final se sentaron a mero atrás y les tocaba estar cerca de las gallinas que andaban para un lado y para otro.

Y empezó la fiesta. Mi tía Matilde cantaba algunas canciones y tenía contemplado hacer algunos bailes, pero al llegar a media función, me decía mi abuelita que los muchachos que estaban a mero atrás tomaban las gallinas y se las aventaban a mi tía, y esto era para reírse de ella, y todos soltaban la carcajada. Estas fiestas duraban aproximadamente como una hora.

Allí no había telón y ella era la única que hacía el show. A mí nunca me tocó ir a sus fiestas porque estaba siempre remontado en los campos cuidando cabras.

Mi tía Matilde también se dedicaba a cardar lana; lo hacía junto con mi madre. Recuerdo que estando en Matamoros, Tamaulipas, le regalé unas cardas nuevas. Las había comprado en Brownsville, Texas, y se las mandé por correo; hasta me contestó la carta.

Un día escuché un comentario de un paisano al llegar a mi pueblo, sobre mi tía Matilde. Dijo acerca de las cardas.

—¿Quién se quedaría con las cardas?

19 FUNCIONES DE CINE DE TEATRO Y CIRCOS

Recuerdo a los Títeres Urenda, que llegaron al Teatro Ayarzagotia y presentaban funciones como una que se llamó: "La Tempestad del mar, 5000 litros de agua natural". Yo no presencié esa obra, pero sí recuerdo el cartel que la anunciaba. Por supuesto que asistí a otras. Una vez fui a la función de títeres donde un cura estaba casando a dos títeres, los dos vestidos para una boda, uno de novio y otra de novia. Recuerdo que el cura les estaba leyendo una carta como que era el acta de matrimonio. Me fascinaban los títeres. Parecían tener vida propia. Eran muy bonitos. Los personajes eran bajitos y mi abuela me decía que eran de garra. Como ya había luz pues también ponían música muy bonita.

Fue hasta a finales de la década de los 20, cuando llegó la primera planta de luz. Pren-

dían los focos de las 8 a las 11 de la noche, o sea, solo tres horas. Mi mamá decía que parecían tizones. Recuerdo que ya para ese entonces proyectaban películas en el Teatro Ayarzagotia con la planta de luz.

También viene a mi memoria que el Circo Mantecón paraba donde hoy es la secundaria. Presentaban unos payasos muy divertidos, llamados: Mike, Tello y Charón Mantecón. Este circo llegó por el año de 1925 ó 26, y cobraban 10 centavos a los niños, y a los grandes 25 centavos. Traían mujeres artistas que eran bailarinas. Se llamaban Chabela y Aurora Mantecón. Ellas también hacían varios trucos de magia, que nos dejaban con la boca abierta. Además, exhibían películas de cine que pasaban dentro del circo. La función empezaba a las 9 de la noche y se terminaba hasta la media noche.

En mi infancia gocé a lo máximo, ya que me gustaba mucho el circo, el cine y el teatro donde pasaban los títeres. En la mayoría

de estos lugares tenía derecho de picaporte porque les ayudaba con la limpieza durante el día. En mi casa me enseñaron a ser muy servicial, siempre. Esto y mi sonrisa que a todos impactaba, me allanaban todas las entradas. Ya después me hice un poco huraño, ya saben, silencioso o algo retraído, cuando cuidaba cabras. Pero luego me compuse.

Enseguida de la iglesia existía un lugar donde había un cine. Recuerdo que como la función se terminaba como a las 11 o 12 de la noche, todos se iban rápidamente a sus casas; la romería de gente era impresionante a esas horas. Al día siguiente antes de que saliera el sol, regresaba al cine e iba a donde estaban las gradas y buscaba algo que se les hubiera quedado tirado a los asistentes a la función de la noche anterior. A veces me encontraba dinero, portamonedas chiquitos, pañuelos, billeteras, mismas que sí tenían alguna identificación iba y se la entregaba a las personas hasta su casa, ya que conocía a mucha gente del pueblo.

Éstos me daban las gracias, y no sólo eso, me daban una generosa gratificación por la molestia y la atingencia que había tenido, al presentarme en sus casas con algo que habían perdido.

20 LÁSTIMA DE LOS VEINTE REALES

Mi hermana, Antonia García Canales nació en Lampazos de Naranjo, N.L. el 24 de octubre de 1919. A los pocos días mis padres, como eran católicos, pensaron de inmediato en bautizarla. Ignoro si mis padres les hayan hablado a los padrinos o estos se hayan ofrecido. Por el barrio donde había nacido mi hermana, que fue la calle Xicoténcatl entre Bravo y Lerdo, muy cerca vivía Guadalupe Cárdenas que era soltera y tenía un sobrino joven de nombre Rafael Cárdenas. Ella vivía con sus padres, de nombre Rafael Cárdenas y su mamá recuerdo que se llamaba Jesusa. También tenía unas hermanas de nombre Antonia y otra de nombre Lupita. Vivían por la calle Zuazua entre Matamoros y Xicoténcatl (casa donde ahora vive Everardo Garza).

Mis padres estuvieron de acuerdo de que ellos fueran los padrinos porque Lupita era soltera y el sobrino de ella también. En ese tiempo la iglesia sí aceptaba que ellos fueran los padrinos.

Para llevar a cabo este acontecimiento se señaló la fecha en que se iba a llevar a cabo el bautizo. Recuerdo que Rafael, el muchacho joven, tenía un Express que era movido por un caballo y llegada la fecha, primero pasó por su tía y luego a la casa de nosotros por la futura ahijada para llevarla al bautizo en la Iglesia San Juan Bautista. La señorita, Lupita Cárdenas llevaba a la niña en sus brazos, y mi hermana Toña iba arreglada con un vestido muy bonito.

Al llegar a la iglesia, hablaron con el sacerdote de que traían una niña para bautizarla y le dieron los datos, tanto de los padres y los de ellos que iban a ser sus padrinos y las direcciones donde vivían unos y otros, para que todo estuviera anotado en

el diario de registros de bautizos. También le preguntaron cuánto iba a cobrar y el padre les dijo que iban a ser 20 reales, equivalente a 2 pesos con 50 centavos de aquellos años.

El padre procedió a bautizar a la niña en el bautisterio que está situado en la entrada de la Iglesia, al lado izquierdo, y como es natural el padre trajo el libro de bautizos para leer lo que correspondía a lo que iba a decir en el bautizo de esta niña. El sacristán traía todo lo que se necesitaba para llevar a cabo este sagrado sacramento.

Para esto, los padrinos pagaron con anticipación los 20 reales y el padre les dio un recibo como constancia del pago. La señorita Lupita Cárdenas le entregó el recibo a mis padres, cuando ya regresaron con la niña bautizada, y se hizo la relación de los nuevos compadres.

Desde aquella fecha los padrinos y mis padres se llevaban muy bien. Pasaron como

10 ó 12 años, ya la niña había crecido, estaba en la escuela y cierto día que pasaba por la casa de la madrina, al cruzar por la calle, la madrina estaba parada en la puerta de su casa esperando que pasara su ahijada. Cuando pasó la detuvo y habló con ella:

—Oye, Toñita. Quiero que me hagas un mandado -y le iba a dar los detalles para dicho mandado, pero la ahijada le contestó:

—No puedo, madrina, porque tengo mucha tarea.

y entonces, viendo la negativa de la ahijada, le dijo –

—Lástima de los 20 reales que gasté en tu bautizo.

Mi hermana Toña siguió su camino hasta llegar a la casa y le contó a mi mamá que su madrina Lupita le había pedido hacerle un mandado, y que le había contestado que no, porque no podía, y también le dijo a mi madre lo que le había dicho: “lástima de los veinte reales que gasté en tu bautizo”.

Esto lo supe porque mi mamá me lo contó cuando una vez regresé del campo. Para entonces yo tenía como 15 años de edad. Esto ocurrió en 1930.

21 LOS GORRUDOS

Allá por el año de 1940 llegaron a Lampazos tres personajes procedentes de la Ciudad de México que les decían “Los Gorrudos”. Eran comerciantes y se dedicaban a la compra-venta de ganado menor (cabras y borregas). Eran el papá y dos hijos. Nunca supe cómo se llamaba ninguno de ellos; en cierta ocasión el señor Juan García los llevó a la majada donde trabajaba con él, para venderles una partida de cabras, recuerdo que en ese tiempo valían como 10.00 cada una.

En cuanto a los alojamientos, se alojaban en alguna casa de huéspedes de Lampazos. Es posible que ocuparan otra persona para que les llevara los animales desde el lugar que las compraran hasta la estación, porque allí había unos corrales para ganado menor y mayor, y como andaban visitando varios

ranchos para comprar más ganado. Cuando completaban 300 ó 400 animales, se los llevaban en el tren carguero hasta su destino.

Uno de los hijos del señor, en uno de los viajes que hicieron a Lampazos, logró relacionarse con una de las nietas de don Cosme García, quien fuera alcalde de este municipio. Casó con ella. Su madre se llamaba Feliciano García y le decían Chana. El nombre de la hija no lo supe, pero se apellidaba García García.

22 LOS OSOS

Por el año de 1929, yo era pastor de cabras del Sr. Leopoldo Rodríguez Solís. Por ese entonces era tiempo de canícula. Yo caminaba por el Rincón del Barranquito con las cabras, y me acompañaba un hermano mayor de don Leopoldo, que se llamaba Román Rodríguez, quien venía a ser suegro de doña Jesusita. Don Román no andaba cuidando cabras; en ese tiempo le ayudaba a su hijo José Rodríguez, quien le cuidaba en ese tiempo las cabras y don Román iba ese día a la leña al mismo lugar del Rincón del Barranquito. Íbamos los dos platicando por las veredas; las cabras que yo traía iban por una ladera, cuando de repente, al llegar al paso de un arroyo nos encontramos un oso negro muerto; estaba dentro de una tinaja.

Los osos de la sierra le huyen al hombre, ya que al verlo no lo atacan y más bien le tienen miedo. La comida predilecta de los osos que andan en la sierra son los cogollos de zoyate (es lo que traen en el mero centro el zoyate). Se paran de punta y con una garra tumban el zoyate, y se comen el cogollo. También se alimentan con bolas de chapote, con el que se hacen los trompos.

A los osos también les dicen plantígrados, porque caminan y dejan la huella donde hay tierra.

Al respecto de encontrarnos el oso muerto, me dijo don Román:

—Este animal murió encalmado (en términos de campo, murió de sed). Estaba el animal con puro esqueleto.

El año siguiente, 1930, me tocó ver otro oso. Este lo vi desde lejos. Estaba comiendo cogollo de zoyate. Cuando el animal me vio se fue para arriba. Como ya he dicho

antes, esos animales le tienen miedo a la gente.

El Lic. García Naranjo, en su primer libro de sus memorias, relata la forma de cómo los cirqueros y los húngaros amaestran a los osos desde chiquitos; dice.

—Para amaestrarlo, el oso debe ser chiquito. Se coloca una lumbre en el suelo, luego unos tinamastles de fierro y arriba un comal a fuego manso, de manera que el animal pueda mover los pies y las manos. Para esto el oso tiene una cadena puesta entre la nariz, y cuando suben al animal arriba, de manera que el amaestrador le toca con la armónica o con un panderito. Toca: tan taran tan tan, de manera que el osito brinca para arriba y para abajo. Ese experimento es repetido en varias ocasiones con la música o sonido y el comal, y así esos movimientos que hace el animal se le quedan grabados para siempre, a tal punto de que cuando crezca y lo lleven a la calle o al circo, el domador le diga:

—A ver, oso, baila- y le tocará la musiquita de la armónica, inmediatamente el oso empezará a bailar y así se ganarán la vida quienes lo traen.

23 HABLANDO DE MASCOTAS

“Polaco”, “Golo”, “Minorca” y “Otelo”. Estos eran los nombres de los perros que yo les conocí a mis parientes de los García. A mi tía María del Refugio García Bustamante. Yo conocía al perro de nombre “Polaco” quien siempre acompañaba a los pastores. Era muy viejo; tenía como 14 años, y por la edad pues, vino muriendo.

Recuerdo que les regalaron un perro chiquito, que le pusieron de nombre “Golo” y éste fue creciendo y también se lo llevaban a cuidar las cabras.

Tanto “Polaco” como “Golo” siempre acompañaban al pastor Rafael Rangel González, quien era hijo adoptivo de mis parientas, las González

En cuanto a los hijos que tuvo mi tía Cuca, quien venía a ser prima carnal de mi padre, el mayor se llamaba Felipe González García y traía muletas; había sido revolucionario y había perdido una pierna en alguna de tantas refriegas. Su esposa se llamaba Petra; era de Durango.

Los demás hijos varones eran: Francisco González García, quien era administrador de correos y la esposa de él se llamaba Elvira Flores Castaño. Ella tenía una perrita que le decían "Minorca". Tanto la querían que hasta le permitían que durmiera en la cama.

Mi tía Cuca tenía otro hijo, el más chico de todos. Se llamaba Bartolito y era escribano de la Presidencia. Tenía el vicio del alcoholismo y de eso vino muriendo; él murió a las 7 de la mañana y en el mismo día, pero en la noche, murió mi tía Cuca.

De las hijas mujeres eran: Cuca la mayor, María y Juanita.

De estas hijas de mi tía Cuca, la mayor de nombre también Cuca, tuvo 4 hijos: Manuel, Antonieta, quien se casó con un señor de apellido Bandala, Roberto y Amelia de apellido Fernández García.

Mi tía Adelaida García Bustamante, que era hermana de mi tía Cuca, también tenía un perro que se llamaba "Otelo" que era pinto (blanco y negro); tenía cola corta; este perro era de casa.

Ya para terminar quiero hacer mención de otros dos animales que mis parientes tenían en gran estima. Uno se llamaba "Kele"; era un chivato macho cuyo dueño era mi primo Rogerio y lo quería tanto que hasta le ponía cencerro. Este chivato vivía en casa de mi tío Pedro, en Xicoténcatl y Bravo. En esa misma casa también vivía una gata que le decían "La Chica Rica" que se acostaba a dormir en las camas como si fuera persona.

24 PEINES DE IXTLE Y LECHUGUILLA

El señor Rafael Rangel González, sabía hacer muy bien los peines de ixtle y lechuguilla. Para esto, cargaba las pencas gruesas y también delgadas de la loma, y en el corral donde tenía las cabras se ponía a machacar la lechuguilla y después tallarla. Esta actividad de hacer peines la hacía también para tener dinero extra y ponerse a tomar con varios amigos.

El señor Rafael Rangel era el que trabajaba con la familia de mi tía María del Refugio González García y le pagaban 15 pesos al mes. Lo de los peines era extra para él. Fumaba mucho y no tenía hijos pues vivía solo. Fue él quien me enseñó cómo se tallaba el ixtle, y me decía:

—Mira, con un fierro grande llamado tallador, tallas la penca grande. Esto es para

primero machacarla. La delgada o tierna, no requiere machacarla y de lo que sobra, tanto de la penca grande como de la chica que se llama guise, eso es para la basura.

Los peines que hacía Rangel los vendía a 25 centavos cada uno, y esta persona, a pesar que le gustaban los vicios del cigarro y del vino, era una persona muy servicial.

Cuando mis primas las González -así les decían- Juanita y María González, hijas de mi tía María del Refugio González García, decidieron vender las cabras, Rangel quedó sin empleo con ellas, pero como en ese tiempo sobraba el trabajo de pastor de cabras, le habló a Rangel el Sr. Leopoldo Rodríguez Solís, para que fuera el pastor de sus cabras. En ese tiempo yo trabajaba como campero y Rangel, como era un señor grande, lo ocuparon como pastor. Yo por mi parte me entendía en ayudar al pastor a ordeñar las cabras y hacer quesos; también acarreaba leña para hacer la comida.

Recuerdo que ponía a cocer los frijoles en un jarro, y posteriormente los molía con un palote de madera y los guisaba. También hacía pan de maíz para que comiéramos los dos. ¡Ah! y también hacía pan de maíz para el perro, pero este era sin sal. El pastor Rangel con frecuencia mataba cabritos para hacer caldo que le salía muy rico. Para esto, la majada estaba ubicada en un punto que se llama la Loma de la Cueva y un día llegó el patrón y como se hablaban de tú tanto el patrón como Rangel, una tarde llegó y le dijo:

—Oye Rangel ¡ya me acabaste los cuates! -se refería a los cabritos. Y entonces le contestaba el pastor a don Leopoldo:

—Pues si tengo que matar cuates de vez en cuando, es porque tú me quieres engañar con los puros frijoles.

Aquí cabe aclarar que no únicamente nos llevaba frijoles, sino también arroz, harina de maíz, papas, cebolla, tomate, ajo, y todo lo que se requería para comer bien, pero como el pastor no le había avisado que iba a

matar un cabrito, por eso se hacían comentarios entre ellos, ya después hasta nos acompañaba el patrón y comía con nosotros también del mismo cabrito. Si hasta decía:

—Bueno, pues me ponen una pieza en las brasas -y quedaba riquísima pues la acompañaba con la salsa picante que teníamos en un molcajete.

25 CUANDO RANGEL PERDIÓ EL CAMINO

Era una tarde que ya se habían ordeñado las cabras; se había metido el sol y me dijo Rangel:

—Voy a visitar a mis hermanos en Lampazos. Aquí nos vemos en la mañana.

Tras visitar a sus hermanos me dijo que iba a ir a unas cantinas, pero que en la madrugada regresaría a la majada. Pero sucedió lo contrario. Al despedirse de sus hermanos perdió el camino, pues iba bien borracho. Se desorientó y agarró otro camino que lo llevó directamente a la Estación del Ferrocarril, llamada La Mojina. Entonces cuando llegó ahí, ya se le había pasado la borrachera y reaccionó para regresar a la majada.

Cuando llegó a la majada, ya estaba el patrón molesto y lo regañó. Le dijo que no

anduviera yendo a esos lugares a emborracharse, para que no le volviera a suceder que se perdiera de camino.

Yo por mi parte declaro que trabajé una corta temporada como campero, porque tenía pensado trabajar como pastor.

Para finalizar esta anécdota, comento que ya cuando estaba de regreso a mi pueblo de Lampazos, allá por el año de 1995, tuve conocimiento de que murió Rangel. Lo habían velado en el zaguán de las cabras de las González, el que estaba por la calle Bravo. Me lo contó Manuel Lozano Villarreal.

26 SE SUBIERON AL TREN SIN PAGAR BOLETO

En unos de los dos primeros libros he referido sobre la vida de mi tía Matilde sobre todo cuando se casó con mi tío Juan Arcia. Éste le había asegurado a mi tía que tenía unas casas de renta en Monterrey. Le decía que cuando él muriera, ella se quedaría con dichas casas. Un día mi tía le dijo que deberían ir a Monterrey a conocer las casas. El tío le decía:

—Pero eso hay que organizarlo con tiempo. Se necesita dinero para el viaje y ahorita no tengo nada.

Y era cierto. Como siempre vivían al día, nunca les quedaba dinero para ir a la ciudad regiomontana.

Pero en una ocasión se le puso a mi tía que iban a organizar ese viaje los dos, y el

tío Juanito y mi tía Matilde se iban a ir en el tren, pero el tío Juanito le decía:

—Pero Matilde, yo no tengo dinero para el viaje.

Y contestaba mi tía:

—Yo tampoco tengo ni un cinco, pero como quiera así nos vamos. A ver si nos dejan ir y el boletero no nos revisa los boletos.

Y se fueron a la estación del tren. Se aventaron a ir sin llevar ni un centavo en la bolsa; sólo llevaban unos tacos para comer en el camino.

Y cuando llegó el tren que venía de Nuevo Laredo, rumbo a México, mis tíos se subieron a un carro de segunda, y ya estando arriba el tren empezó a pitar para salir de Lampazos. Pero apenas había avanzado algunos cuantos kilómetros, cuando se presentó un empleado del tren.

—Boletos, por favor.

—No los tenemos, señor. ¿Podría llevarnos a Monterrey, por favor?

—No los puedo llevar si no han pagado sus boletos. Lo que puedo hacer por ustedes es bajarlos en la Estación Brasil, para que desde ahí se regresen a pie a Lampazos.

Y como es natural el tren se paró en esa estación que regularmente no se detenía, a menos que fuera un caso especial, como el de esa ocasión.

Al bajar del tren existía un camino en forma de vereda que conducía ya sea a Lampazos o a Monterrey. Desde ahí, mis tíos se tuvieron que regresar a pie hasta su casa.

Esto del viaje fue idea de mi tía Matilde. Me lo dijo mi abuelita Cuca, porque ella quería ver sí existían realmente las casas de renta que tenía el tío Juanito en Monterrey.

Recuerdo que yo fui a la boda de mi tía Matilde y mi tío Juanito, en la casa de mis abuelos.

Como dato adicional mencionaré una de las tantas peripecias de las que mi tía Matilde era protagonista:

En vista de que mi tía Matilde le gustaba conocer y experimentar muchas cosas, una ocasión le dio por subirse a unas atracciones mecánicas que llegaron a Lampazos, las cuales se instalaron en frente de la Escuela de Niñas. Era un terreno solo donde actualmente tiene su casa el Ing. Mario González Quiroga. En ese lugar paraban los circos y en una ocasión llegaron allí las atracciones mecánicas, y una persona la animó a que se subiera a las sillas voladoras.

Ya cuando andaba arriba, los demás muchachos le aventaban la silla para un lado y para otro. Tanto fue que cuando bajó a tierra quedó toda mareada al grado de no sa-

ber para dónde estaban las calles en la que estaba su casa.

Esto de aventar las sillas era normal entre las personas que se subían a estos juegos, y ya al bajarse se empezaban a reírse todas, pero para el caso de mi tía como la aventaban más fuerte, pues daba vueltas entre la misma silla y pues por eso se mareaba al bajarse.

27 TACHO EL PANADERO

A este señor, que en aquellos tiempos tendría como 50 años de edad, lo conocí en Lampazos en la década de 1920 a 1930. Era un hombre güero, que usaba alpargatas (especie de zapato) para caminar, y salía por las calles para vender pan, que previamente compraba. Esta actividad la hacía de lunes a sábado, ya que el domingo se dedicaba a promover unas canciones que tenía grabadas en un fonógrafo. Tenía un buen repertorio de canciones, mismas que ofrecía de casa por casa. Él les decía a los moradores que si querían que les tocara unas canciones que el traía en el fonógrafo, que no era eléctrico, sino de cuerda, y cobraba 10 centavos por cada pieza. Les comentaba que era para que se alegraran el corazón.

Naturalmente, la gente aceptaba que les tocara alguna o varias canciones y les solicitaba la que andaban de moda, en esas fechas. Recuerdo que el aparato fonógrafo lo traía como en un veliz tipo mochila y no estaba muy pesado. En esa forma se ganaba el diario este señor.

28 JUÁREZ Y MAXIMILIANO

Así se llamaba la obra de teatro que pasaban cada noche en el Teatro, Carpa y Circo Nuevo León (con techo muy completo), que estaba en la dirección de Zuazua, cruz con Juan Ignacio Ramón y Dr. Díaz. Terreno donde ahora tiene la casa el Dr. Eusebio González Quiroga.

Este teatro- carpa con modalidad de circo estuvo un mes en Lampazos y cada día pasaba una obra diferente. Recuerdo que yo tenía como 10 años; era el año 1925, y ví varias obras entre las que puedo recordar: El Caudal de los Circos, Santa, Genoveva de Bravante, Romeo y Julieta, entre otras.

Respecto a los actores que hacían la obra de Juárez y Maximiliano, ellos se llamaban Mariano Villalongín y Jesús D. Guajardo. Mariano era bajito y Jesús, alto.

Había una persona que tocaba el piano; se llamaba Severiano Navarrete. Era un señor mayor de 50 años, gordo y fornido y un cornetista que le decían don Hilario; su hijo era un tamborilero. Hacían convite por todas las calles (el hijo y el papá tocaban al iniciar la función) en aquel tiempo había una canción que decía:

Cuatro milpas tan solo han quedado
del ranchito que era mío,
Ay, ay, ay, ay,

El convite, para aquellos que lo ignoran, era el desfile que el circo hacía con todas sus atracciones en plataformas de camionetas al descubierto, con gran despliegue de música y la voz potente del anunciador que invitaba a todo el pueblo a olvidar sus penas por unos momentos, para divertirse con el circo que llegaba al pueblo. Toda la gente salía a las calles a presenciar este acto inusual y por las noches ahí andaban en la fila buscando su boleto.

Y ya que hablamos de circos permítanme decirles de otro al que no conocí. Se llamaba el Circo Norris y Rowins. No tuve oportunidad de conocerlo, pero se relata en el Libro: La Historia de Lampazos: “Lampazos mi Hidalga Tierra”, en la sección de cultura. Era un circo de 3 pistas que se instalaba en la Estación del Ferrocarril.

Para anunciarse salía el convite partiendo de la Estación del Ferrocarril por la calle Zuazua y era tan grande, según se reseña, que para cuando el primer carro iba llegando a la plaza Juárez, apenas se estaba moviendo el último carro de la estación.

Y para novedad, este circo traía un órgano musical movido con leña y sus notas musicales se oían hasta los arrabales o las orillas del pueblo.

29 LAS FIESTAS CASERAS DE LUVINIA

Otra de las casas en las que se solían hacer fiestas era en la de don Alejandro Rodríguez Grande, pues su hija Luvinia organizaba fiestas en el patio de su casa.

En 1925 me tocó ver la última parte de una de las fiestas que organizaba ella. Cierta tarde yo iba pasando por allí y oí cantar a varias personas. Tenían un telón a manera de mampara, en el que se ponían atrás los artistas.

La ocasión a que me refiero en la que yo me paré a oír cantar a Luvinia la canción que decía así:

Cuatro palomitas
paradas en un romero
la más chica decía,

la más chica decía,
no hay amor como el primero.

Y luego se repetía.

Estos cuatro versos eran los que le oí cantar a Luvinia, y fue lo único que escuché. Recuerdo que había mucha gente. Reconocí entre ellas a la vecina, Francisca Santos quien también hacía fiestas en su casa.

30 CONVENTO, CUARTEL Y MUSEO

En 1926-1927, conocí el cuartel de soldados que estaba en lo que ahora es el Museo de Armas de Lampazos. Como ya les dije en otro de mis libros, el convento lo quemaron los carrancistas y quedó mucho tiempo solo, deshabitado, destruido y acumulando polvo, hasta que a mediados de la década de los 20 fue ocupado por un batallón de soldados. Ahí estuvieron por años, no recuerdo cuántos, hasta que fueron reubicados. Y pasaron los años, y el viejo caserón seguía acumulando polvo y basura. Hasta que a una autoridad —don Eusebio González Quiroga, con apoyo de las autoridades estatales de Nuevo León— tuvo la acertada idea de usarlo como el Museo de las Armas. Y así, hasta la fecha.

31 ANTES TIENE TRATO ESTE MUCHACHO

Esta frase se la escuché decir a Lupe Cárdenas, cuando llegué aquella tarde a la tienda de mi tía Adelaida, en el año de 1933. Yo tenía 18 años de edad, y acababa de venir de la ranchada. Fui a la tienda a comprar mandado para mi madre y al llegar allí, estaba Lupe Cárdenas, quien era la madrina de mi hermana Toña (la del capítulo de “Lástima de los veinte reales”).

Como yo tenía fama de serio y era medio huraño por tratar solamente con animales allá en el monte, sólo contestaba lo necesario, siendo Sí y No, mis palabras favoritas. Por eso, al contestarle a ella algunas preguntas que en este momento no recuerdo cuáles eran, después de varios síes y varios noes, ella miró a mi tía Adelaida y le dijo:

—Antes tiene trato este muchacho para hablar con la gente —a lo que mi tía Adelaida sólo se sonrió.

Volví a mi casa y le platicué a mi mamá. Ella me dijo:

—No sé por qué lo dirá. No hagas caso y salúdala como siempre —y siguió acomodando la despensa.

Yo pienso que, a la distancia de los años, me doy cuenta que mi larga convivencia con las cabras me hacían ser retraído. Pero eso se me fue quitando cuando mi primo Rogerio y su amigo me invitaron a trabajar en Matamoros, como lo explico en el quinto libro de estas remembranzas. Si ellos no me hubiesen rescatado de la majada, todavía estuviera cuidando cabras en el monte y no hablaría con nadie.

Por cierto, a propósito de reconocimientos. Deseo hacer público mi gran reconocimiento a mi querida tía Adelaida por el constante apoyo que siempre le brindó a mi madre, en las épocas difíciles, allá en Lam-

pazos. Y para muestra un botón como dicen por ahí.

Mi tía Adelaida tenía comunicación por dentro del terreno de su casa con el terreno de su hermano Manuel García. Por allí venía a darle un plato de comida a mi madre, porque había nacido mi hermana Toña; hablo de 1919, y como mi madre estaba en cama, mi tía la apoyaba de muchas formas y entre ellas darle un plato de comida bien surtido para que lo repartiera con nosotros. No dudo ni tantito que mi tía esté en El Cielo. Gracias, tía Adelaida.

32 TRABAJÉ EN EL JUEVES SANTO

Contaba yo con 15 años de edad, y en ese día de jueves Santo, pasaba frente al domicilio donde vivía mi pariente Rosauro González García, en la calle Zuazua, cruz con Juárez, contra-esquina de la casa de las señoritas: Ramírez Blanco. Pasando por allí me habló mi pariente para ver si le podía hacer un trabajo. Pasé a su casa y me llevó al patio donde había un gallinero. Estaba lleno de mucha tierra, pero pasó una cosa conmigo. Nunca le puse precio al trabajo y mi pariente tampoco me dijo cuánto me pagaría por él.

Este trabajo consistía en limpiar el gallinero con toda la tierra de estiércol que tenían las gallinas y la iba a llevar al fondo del terreno de la misma casa. Me dio una carretilla, una pala y una escoba, y de esa

manera comencé. Duré tres horas llevando viajes de tierra a tirarlos al fondo del terreno, y así venía y volvía a llevar viajes.

Yo acepté aun sin traer lonche, pues al pasar por allí, era para buscar trabajo. Me imaginé que me podían ofrecer alguna comida. Pero llegó el medio día y ellos empezaron a comer y no me tocó ser convidado, como era la costumbre con otras casas en las que ya había trabajado.

Por lo pronto yo seguí trabajando hasta terminar toda la tarea, teniendo que barrer hasta lo que había quedado tirado de tierra para que quedara bien limpio el lugar. Ya cuando acabé, le informé a mi pariente que había terminado el trabajo. Me dio por concepto de pago 25 centavos y me dio las gracias. Yo vine para mi casa y le di el dinero a mi mamá. Ella me dijo:

—Pues dónde andabas, que vienes bien revolcado.

Pues yo me había ido al centro con ropa bien limpia. Mi mamá me traía bien limpio; miró el dinero en la palma de su mano:

—Este dinero es muy poco para todo el trabajo que hiciste.

Entonces me dijo:

—Primero cámbiate de ropa -y me dio ropa limpia y como ya me tenía la comida lista, pues ya era después del mediodía, comí muy rico. Después de haber trabajado más de 3 horas y de trabajar muy duro, me caía muy bien la comida.

33 TRABAJANDO CON MIS PARIENTAS

En el año de 1930 trabajé con mis parientas Las González. Ellas eran Juanita y María González, quienes eran primas carnales de mi padre y primas en segundo grado mías.

Cuando mi tía Cuca, la madre de las González murió en 1926, quien de acuerdo al certificado fue del corazón, ella les dejó de herencia a sus hijas, las casas y también las 300 cabras que tenían en los corrales. Tenían a un pastor llamado Rafael Rangel (de quién ya he hablado en estas remembranzas), que según decía mi tía Cuca lo había criado como hijo adoptivo, y decían que era de raza india, por ser de piel negrita.

Como es natural las cabras llenan de sirre el corral, y a mí me hablaban para limpiar los corrales, cuando este ya estaba bien lleno y me prestaban una carretilla, una pala y

también un rastrillo y una escoba para barrer todo el sirre y echarlo con la pala a la carretilla y las iba a tirar a un terreno que después compró el señor Juan Mercado Saldivar. Allí se juntaba todo el sirre y al final lo quemaban. Ellas eran muy buenas; al llegar al mediodía ellas ya tenían lista la comida, y me decían

—Vidal, vente a comer; deja el trabajo un rato -y me invitaban a sentarme a la mesa junto con ellas y comíamos lo que aquí voy a describir:

En primer lugar me daban un plato de caldo caliente de res carnudo, en segundo lugar me daban otro plato con picadillo con frijoles guisados, muy sabrosos; era acompañado con café con leche. Para esto ya tenían listas las tortillas recién hechas, que me daban a llenar. Así que con ellas me gustaba mucho ir ayudarles al trabajo.

Al terminar les decía:

—Voy a terminar de barrer los corrales.

Esto les decía, antes que llegara el pastor con las cabras, ya que venía del careo, que había pasado todo el día.

Y al decirles que ya había terminado con el trabajo, me daban 50 centavos. Esta cantidad era la que ganaba un pastor de cabras por día y aparte le daban la comida, menos la cena y el almuerzo.

Mis primas guisaban muy sabroso, pero tan sabroso, que ahorita me estoy imaginando la comida y saboreándola como si fuera aquella ocasión.

También deseo aclarar que ellas ocupaban a mi madre como lavandera de ropa, para esto le avisaban a mi madre por el interior del solar. Le decían que le tenían una ropita para que viniera a llevársela y la lavara. Entonces mi madre me mandaba a mí a que fuera a la casa de ellas y me traía un liacho de ropa, entre sábanas y ropa incluidas la del pastor. Cuando me entregaban la ropa,

también me daban dos tortillas para que me las comiera al llegar a la casa, pues ellas, todos los días amasaban harina de trigo, también hacían tortillas de maíz, habiendo mandado el nixtamal para que lo molieran en el molino de su cuñado, don Manuel Fernández, quien estaba casado con Cuca, la hermana mayor. El molino estaba donde vive ahora Amelia Fernández.

Después, con la ropa en el liacho que yo traía, nos íbamos mi mamá y yo a la acequia a la altura del Puente Roto, que está en la calle Galeana, entre Allende y Ocampo. Allí también llevábamos un bote con la leña y el jabón de pasta para que al prender la lumbre, pusiéramos a hervir la ropa.

Mi madre procedía a hervir la ropa para después tallarla con jabón y secarla en los tendedores, que eran las ramas de los huizaches. Allí se tendía la ropa y ya una vez que se secaba, la doblaba y la acomodaba en otro liacho, y me la daba a mí. Yo la lleva-

ba a entregar a la casa y me daban el pago del costo de la lavada que era a 25 centavos la docena, o sea con 12 prendas eran 25 centavos y si eran 2 docenas, nomás 50 centavos. Y como mi madre comenzaba a lavar muy temprano, ya para mediodía estaba lista la ropa y ya la iba a entregar.

Cuando iba a entregar la ropa, como era medio día, ahora me daban dos tortillas con frijoles, pero dobladas y me las daban envueltos en un papel de estraza. En ese inter había ocasiones que mi madre se quedaba lavando en el Puente Roto, porque tenía que lavar más ropa de otras familias.

En cuanto a las tortillas de maíz que me daban con frijoles, mi madre me decía:

—Cómetelas tú, pues te sirven como comida.

Era el tiempo que tenían al pastor Rafael Rangel, quien tenía el vicio de emborracharse, y algunas veces que se emborracha-

ba, no venía en toda la noche. Entonces viendo que ya era muy tarde y no llegaba, me hablaban a mí para que llevara al cerro a las cabras, junto con el perro que se llamaba "El Polaco". No me daban de desayunar, ya que yo había desayunado temprano, con mi mamá, pero me echaban lonche en un papel grueso. Consistía en tortillas con un guiso de huevo con chorizo o papas con huevos y frijolitos.

Como el pastor se tardaba aun todo el día en venir, entonces al llegar el campo del ca-reo con las cabras, ya con el sol bien bajito también tenía que ordeñar las cabras, y les entregaba la leche a ellas, quienes la ven-dían a los clientes que ya tenían entregos. Era a 10 centavos el litro, pero antes de or-deñar, me decían que pasara a la mesa para cenar con ellas y me daban muy buena ce-na, esto era sólo cuando llegaba de cuidar las cabras, pues venía bien cansado. Aparte tenía que ordeñar y por eso sí me daban la cena.

POSDATA:

Hasta aquí llegan mis recuerdos por hoy. Más remembranzas de juventud están guar-dadas en el tintero de mis vivencias y espe-ran salir pronto para compartirlas con uste-des. Deseo declarar que recientemente estu-ve en el hospital, enfermo de neumonía, pe-ro la eficiencia de los doctores y el cuida-do de las enfermeras del asilo, donde ahora vivo, aunados a los amorosos cuidados de mis hijos, hicieron el milagro de que yo es-té aún vivo. Y no es gratuito lo que digo. Tengo 97 años de edad entrados a 98, así que lo que digo reviste para mí un gran sig-nificado. Qué bien se siente estar vivo des-pués de una enfermedad que me postró en la cama. Pero por ahora me despido. No de-seo cansarles con mis recuerdos. Por mi parte les deseo que el Gran Arquitecto del Universo los siga protegiendo y a mí, que no me desampare. Hasta la vista entonces, y espero verles pronto y estrechar sus manos.

INDICE

0 Presentación	5	15 La regadora de Lampazos	58
1 El siete ratones	9	16 Venta de la casa de mi abuela Cuca	61
2 Mi trabajo cuando tenía diez años	15	17 Antonia y Guadalupe Cárdenas	65
3 El Tarango y Pancho Pata	18	18 Las fiestas de mi tía Matilde	67
4 Mira mira, ya estás como tío Pancho	27	19 Funciones de cine, teatro y circos	70
5 La cuna en que yo me mecí	31	20 Lástima de los 20 reales	74
6 La venta de la casa de mis abuelos	34	21 Los gorrudos	79
7 Molino movido con leña	38	22 Los osos	81
8 Dionisio Ramírez y su familia	40	23 Hablando de mascotas	85
9 Don Francisco Flores	43	24 Peines de ixtle y lechuguilla	88
10 Cantores aficionados	46	25 Cuando Rangel perdió el camino	92
11 El jacal de Rangel	48	26 Se subieron al tren sin pagar boleto	94
12 Reminiscencias pueblerinas	50	27 Tacho el panadero	99
13 El señor Fernando Santos	53	28 Juárez y Maximiliano	101
14 La esposa del General Naranjo	55	29 Las fiestas caseras de Luvinia	104
		30 Convento, cuartel y museo	106

31	Antes tiene trato este muchacho	107
32	Trabajo en el Jueves Santo	110
33	Trabajando con mis parientas	113
	Posdata	120

Este libro llamado: Remembranzas de Lampazos (sexto libro) fue editado e impreso en Imprenta La Soledad, Río Salinas 2451, Colonia Mitras Centro, Monterrey Nuevo León el 12 de febrero de 2013. Estuvieron a cargo de la edición el autor, don Vidal García Canales y el editor: Juan Manuel Carreño. Tiraje: 500 ejemplares más sobrantes para reposición.

Nuevamente, don Vidal García Canales, nos sorprende con la presentación de su sexto libro titulado: *Remembranzas de Lampazos*. En este, como en los cinco anteriores, da rienda suelta a sus vivencias en ese pueblo norestense llamado Lampazos de Naranjo, Nuevo León, que impactan nuestro corazón, por su forma de narrar los detalles de su infancia y de las gentes que ahí conoció. En este volumen nos habla de su experiencia como vendedor de casa por casa, ofreciendo leche de vaca, y de los convites que los circos hacían al llegar a ese polvoriento pueblo ávido de emociones que traían estos personajes. Nos habla de los cines en los que él disfrutaba las películas proyectadas en una sábana blanca fijada a una pared en pleno centro de Lampazos y de una travesía que pudo convertirse en tragedia, al quedar a oscuras en pleno monte. Estamos seguros que gozarán con la lectura de este ejemplar y felicitamos a don Vidal por su gran memoria.

Juan Manuel Carreño / Editor.